

Presentación

El historiador y el mundo indígena

El territorio que hoy llamamos América comprende dos enormes masas continentales unidas por un estrecho corredor terrestre y un conjunto de islas y archipiélagos vecinos a sus costas. Su nombre actual y su unidad geográfica se deben a los europeos, que lo invadieron a fines del siglo XV. Fueron también esos invasores quienes extendieron a todos sus pobladores el nombre de “indios” que les asignó Cristóbal Colón en 1492, convencido de haber llegado a las Indias. En este tiempo, ni este territorio era América ni sus pobladores eran indios. Es la historia de esos pobladores originarios la que presentamos en este libro.

Resulta poco común que un historiador escriba un libro sobre los aborígenes americanos, pues el estudio de tales sociedades dista de haber sido un tema privilegiado por esa disciplina. Tal afirmación, válida en general para toda América Latina, lo es en especial para la Argentina, cuya historiografía académica, de raíz positivista y liberal, tomó forma en el siglo XIX y acompañó al proceso de construcción de los estados nacionales modernos en el continente. Conscientes o no, y pese a los cuestionamientos realizados, los historiadores somos sus herederos y esa herencia marcó en buena medida nuestra visión del pasado.

En efecto, por razones políticas, ideológicas, o simplemente por su propia concepción de la historia, los historiadores ignoraron la existencia de una sociedad indígena o bien recurrieron a imágenes estereotipadas para dar cuenta de ella. En el mejor de los casos, sólo ciertas sociedades, aquellas que crearon grandes “civilizaciones”, fueron tomadas en consideración, siempre en el marco de la búsqueda de raíces de una identidad nacional o como telón de fondo del escenario donde se desarrolló la conquista europea en el siglo XVI.

Con distintos matices, esta visión atraviesa aún hoy los libros de texto en uso. La historia americana comienza con Colón —o con el desgra-

ciado viaje de Solís si nos referimos al Río de la Plata– y apenas se le dedica algún capítulo o páginas preliminares a la presentación de un panorama descriptivo acerca de quienes ocupaban el continente en ese momento. Salvo raras excepciones, ese esquemático pantallazo suele ser atemporal, plagado de errores y lugares comunes.

En la atomización del conocimiento que impuso el positivismo, el estudio de las culturas aborígenes americanas quedó en el campo de las nuevas disciplinas que, siguiendo la tradición estadounidense, se reúnen bajo el nombre de Antropología. Constituidas a fines del siglo XIX, sus contenidos, las teorías en boga y sus nombres específicos –Antropología física (hoy hablamos de biológica), Arqueología, Etnografía y Etnología– variaron según los momentos y las tradiciones nacionales. En cualquier caso, todas ellas se ocuparon de los pueblos denominados “primitivos”, caracterización que remitía tanto a los que precedieron a la expansión europea como a los que esa expansión halló, en el siglo XIX, en Asia, África y Oceanía. Los pueblos americanos, referidos de manera general como “indios”, quedaron dentro de la categoría de primitivos, a la cual se asociaron los calificativos de “salvajes” o “bárbaros”.

Así definidos los campos, el mundo indígena quedó fuera de la historia. Aquella definición que aprendimos en la escuela –la historia comienza con la escritura– sirvió de justificación a los historiadores: casi la totalidad de los pueblos americanos prehispánicos fue ágrafa y, hasta hace muy poco tiempo, las escasas escrituras reconocibles no podían ser leídas, o bien no eran consideradas verdaderas escrituras. Pero las cosas cambiaron, y los historiadores (al menos algunos) también.

En este contexto, me propongo recuperar una historia ignorada y olvidada, cuando no expresamente borrada. Mientras escribo esto no puedo dejar de lado la imagen de fray Diego de Landa, obispo de Yucatán, quemando códices mayas, o el recuerdo de las peripecias de los manuscritos de fray Bernardino de Sahagún. Uno buscaba borrar el pasado; el otro, conservarlo. El recuerdo del pasado era peligroso, pues el pasado común y su memoria constituían elementos centrales en la construcción de las identidades nativas.

Recuperar ese pasado tiene aquí un doble sentido. Por un lado, implica reinsertar en la historia un amplio campo del conocimiento, que nunca debió haber sido abandonado. Por el otro lado, se trata de un acto de justicia en tanto significa reintegrar a la historia de la humanidad a pueblos, sociedades y culturas. La conquista europea y los estados que nacieron de la disgregación de los imperios coloniales marginaron

y expulsaron de sus tierras a los aborígenes americanos, pero también los expulsaron y borraron de la historia.

Claro que me propongo llevar a cabo esta tarea conforme a los requerimientos de la historiografía actual. En este marco, la historia de los pueblos aborígenes americanos antes de la conquista europea constituye un capítulo relevante en la historia general de la humanidad. Cuando los europeos conquistaron el continente, esos pueblos tenían tras de sí una historia de muchos milenios, con logros comparables a los del Viejo Mundo: habían comenzado a producir alimentos, se había desarrollado la vida en aldeas y luego en ciudades; habían alcanzado altos niveles de complejidad social y política, y notables desarrollos tecnológicos, estéticos e intelectuales. Como historiadores y como americanos no debemos ni podemos olvidar o perder ese pasado.

Construir ese relato supone redefinir nuestra concepción de la historia y del quehacer del historiador, elaborar nuevos conceptos y teorías, desarrollar distintas metodologías y utilizar otras fuentes de información. De allí que este libro se proponga ofrecer una visión general y unitaria del pasado aborígen prehispánico al tiempo que busca llegar al lector no especializado, interesado en el tema. Por ese motivo, aunque sin separarnos de la rigurosidad del conocimiento científico, hemos evitado los tecnicismos de la jerga académica, las complejidades del lenguaje científico y el abuso de la cita erudita.

Aunque apoyada en la información brindada por especialistas de reconocido prestigio, la síntesis que ofrecemos es personal y, en muchos aspectos, la organización de los contenidos y del relato que presentamos se aleja de los marcos comúnmente aceptados, así como de las periodizaciones arqueológicas convencionales, al tiempo que prioriza los grandes procesos sociales. De allí que releguemos a un segundo lugar la descripción del material arqueológico y documental para enfatizar el análisis de los cambios y continuidades en la organización económica, social, política y cultural de las sociedades involucradas.

* * *

La organización de este libro requiere aclaraciones. Después del primer capítulo, destinado a plantear algunas cuestiones preliminares, ofrecemos un panorama general de las poblaciones del continente en el momento inicial de las exploraciones españolas, hacia 1500. Este capítulo cuestiona algunas ideas frecuentes sobre los pueblos originarios. En primer lugar, quedará claro que América no era un continente vacío ni

poco poblado, y que los pocos los espacios no ocupados eran aquellos donde las condiciones ambientales eran tan extremas que hacían imposible la vida humana. En segundo lugar, ese análisis nos mostrará la multiplicidad de adaptaciones creadas por las comunidades humanas, la variedad de formas económicas, sociales y políticas, y la diversidad y riqueza de sus manifestaciones culturales.

Dicha heterogeneidad era producto de la historia de los pobladores originales, una historia de cerca de veinte milenios, marcada por profundas y complejas dinámicas. A esa historia dedicaremos ocho capítulos (del 3 al 10) centrados en los grandes procesos sociales que se desarrollaron en ambos continentes, desde el poblamiento inicial hasta el surgimiento de las formas económicas y sociopolíticas más complejas, expresadas en las dos grandes construcciones políticas encontradas por los españoles, los imperios azteca e inca. En tanto, el epílogo se centra en el impacto de la presencia europea sobre las sociedades aborígenes.

A lo largo de esa historia cambiaron los hombres y las sociedades; también se transformó el entorno físico con el cual esas sociedades interactuaban. Insistiremos a menudo sobre esas mutaciones, aunque recordando siempre que las comunidades humanas no eran receptoras pasivas de ellas, sino que actuaban sobre el medio y lo transformaban. Además, es preciso tener en cuenta que la percepción misma de los medios y paisajes, así como la organización del espacio, eran distintas de las nuestras.

Lo mismo ocurría con las divisiones de ese espacio. El carácter nacionalista de las historiografías latinoamericanas proyectó hacia el pasado (al tiempo que las convertía en atemporales) las grandes divisiones políticas de su época. Sin embargo, no tiene sentido alguno hablar de “México”, “Perú” o “Brasil” cuando nos referimos a realidades que se remontan milenios atrás. Por eso, cuando utilizamos referencias a jurisdicciones políticas y/o administrativas actuales, sólo queremos facilitar al lector la ubicación geográfica del acontecimiento referido.

La cronología, esencial en el trabajo del historiador, suele presentar también serios problemas en relación con este tema. Sólo para los mayas del período clásico disponemos de series de fechas precisas, y algunos datos de los momentos iniciales de la conquista permiten establecer algunas dataciones más o menos seguras para los momentos finales de la época prehispánica. El resto de los fechados descansa sobre dataciones radiocarbónicas o Carbono 14, método utilizado desde mediados del siglo XX.

Los fechados obtenidos de esta manera fueron fundamentales para la historia aborígen, que por primera vez dispuso de un marco temporal general más o menos seguro. Ahora bien, en primer lugar, es preciso tener en cuenta que no se datan hechos sino que, a través de los restos conservados de seres vivientes, se indica el período aproximado en que esos seres murieron. Es posible datar otros hechos u objetos por asociación, aunque las fechas así obtenidas serán siempre indirectas y aproximadas. Por ejemplo, una fecha reconstruida a partir de un trozo de madera proveniente de un dintel de un templo no indica cuándo fue construido ese templo, sino el momento en que fue cortado el árbol del que proviene esa madera...

* * *

Una obra de este carácter es posible gracias al esfuerzo previo de muchos investigadores de distintas disciplinas, en especial de arqueólogos, historiadores y antropólogos; su trabajo nos ha brindado los materiales esenciales para construir esta historia de los pueblos originarios. A todos ellos (sería imposible nombrar a cada uno) expreso mi reconocimiento. Sin embargo, no quisiera dejar de lado algunas menciones particulares. Un reconocimiento especial a Alberto Rex González, maestro y amigo que guió mis primeros pasos en estos temas, cuya ausencia será difícil de llenar; a Alfredo López Austin y Carlos Navarrete, entrañables amigos que años atrás orientaron mis primeras incursiones en el mundo mesoamericano; también a Luis Millones, quien con sus trabajos y a través de largas conversaciones me introdujo en los complejos caminos del mundo andino. Tampoco puedo olvidar a mis alumnos de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, que de alguna manera también participaron en la conformación de este texto. En esa universidad dicté, durante veinticinco años, un curso de Historia de América prehispánica; gran parte de este libro fue escrito a partir de los materiales que utilicé en esos cursos, enriquecido con las discusiones y comentarios realizados en las clases. Por último, agradezco la confianza de Luis Alberto Romero y de Siglo XXI Editores de Argentina al aceptar una obra aún en proyecto, y a Susana Bianchi, por su permanente apoyo, aliento y paciencia. Este libro está dedicado a los descendientes de los pueblos originarios, en particular al pueblo Qom, que aún lucha por sus legítimos derechos.

1. Construir la historia del mundo prehispánico

Escribir una historia de las sociedades prehispánicas no es tarea fácil. Además de la enorme extensión espacial y temporal, su reconstrucción es compleja y exige un enorme esfuerzo puesto que requiere cambiar los modos de hacer historia. Esa dificultad se profundiza aún más debido al carácter de los testimonios disponibles y a la enorme diversidad social, cultural y lingüística de las poblaciones involucradas.

Construir una historia de las sociedades indígenas supone una concepción diferente de la historia, dado que implica la incorporación de herramientas teóricas y metodológicas distintas, en muchos casos provenientes de otras disciplinas, y el uso de testimonios de un tipo diverso al que el historiador está acostumbrado. Partimos de una concepción de la historia como historia de sociedades (historia social, en el sentido que le dio Eric Hobsbawm) consideradas como realidades totales y complejas. Pensamos en una historia global que incluye la totalidad del pasado humano: no hay, por lo tanto, sociedades sin cambio o sin historia.

La cuestión de las fuentes

El acceso a esa historia presenta problemas iniciales específicos. Los historiadores, acostumbrados a trabajar con documentos escritos, se encuentran casi en total orfandad, pues la América prehispánica, con excepción de los mayas y zapotecas el período clásico, no desarrolló un verdadero sistema de escritura, esto es, capaz de registrar de modo cabal el lenguaje hablado. Para acceder a ese pasado debemos recurrir a los restos materiales –objetos, utensilios, herramientas, edificios, tumbas, desechos de la vida cotidiana– que la arqueología ha recuperado. Claro que estos testimonios nos informan acerca de numerosos aspectos

tos de la vida de esas comunidades, pero también dejan otros en total oscuridad. Esto es así porque varios aspectos de la vida social no dejan testimonios materiales y sólo pueden inferirse a partir de otros restos; además, el registro arqueológico es incompleto, muchos materiales se han perdido o han sido destruidos por la acción del tiempo, de factores naturales o por obra del hombre. Por último, el análisis y la interpretación de los restos conservados presentan una extrema dificultad.

Los documentos escritos prehispánicos son, como señalamos, muy escasos. Su lectura e interpretación ofrecen numerosas dificultades, y la información obtenida sólo permite atisbar una ínfima parte de la realidad social. Los textos mayas, sin duda los más importantes, se refieren a los grandes señores, a sus vidas y sus hechos; se trata de biografías e historias dinásticas destinadas ante todo a legitimar el poder de esos señores. El resto de los documentos escritos disponibles fue producido por los europeos y, algunos, por mestizos y miembros de la nobleza indígena. En el mejor de los casos, datan de las primeras décadas del período colonial, aunque a veces recogen tradiciones más antiguas. Esos testimonios (relatos y crónicas de exploradores y conquistadores, narraciones de viajeros, ensayos y estudios de funcionarios y misioneros, documentación administrativa, judicial y religiosa) iluminan en parte la vida de esas sociedades en los momentos previos a la invasión europea; no obstante, apenas constituyen un momento fugaz en una historia de milenios y su uso presenta serias dificultades al historiador.

Ocurre que esos documentos fueron producidos en condiciones históricas particulares. El descubrimiento de América planteó a los europeos interrogantes sobre el mundo desconocido que se presentaba ante ellos y, en especial, acerca de sus habitantes, cuyas costumbres y formas de vida (tan distintas a las europeas) descubridores y conquistadores comenzaron a observar con asombro. También observaron las profundas diferencias: vastos imperios, mexica e incas, convivían con tribus que practicaban una agricultura rudimentaria y con pequeñas bandas móviles de cazadores recolectores.

Ese mundo variado y contradictorio provocó reacciones disímiles: de la contemplación y el asombro inicial se pasó, unas veces, a la admiración y el encandilamiento ingenuos; otras, a la indignada protesta, la condena y la repulsión ante costumbres extrañas, algunas aberrantes para la perspectiva cristiana. Ambas reacciones tuvieron lugar ante un mundo al que no había posibilidad ni intención de comprender. Tampoco hubo tiempo suficiente, ya que ese universo pronto fue desarticulado y destruido.

De todos modos, y aun sin proponérselo, quienes destruyeron ese mundo fueron los mismos que, en innumerables textos, también contribuyeron a su conocimiento. Sin embargo, esos testimonios no son fáciles de usar, debido tanto a problemas de conservación, escritura y lengua como de interpretación. Viajeros, conquistadores, funcionarios y misioneros transcribieron sus impresiones, en las cuales la visión del “otro” se encuentra atravesada por prejuicios, ambiciones, intereses, temores e incompreensión. Además, buena parte de esa información era obtenida mediante intérpretes, informantes nativos que respondían a otros intereses. Se despliegan así, ante el historiador, múltiples lentes, de diferentes formas y colores, que median su acceso al pasado, deformando las imágenes una y otra vez hasta volverlas, a veces, inasibles.

El choque cultural fue profundo; de allí que resulte tan difícil separar lo real de lo imaginario, la verdad de la fantasía en los relatos. Las exageraciones (en las distancias, el tamaño de las cosas, el número de indios) son frecuentes y pueden conducir a serios errores: a menudo eran interesadas y servían para realzar méritos y disimular faltas; otras veces resultaban del temor y el asombro ante lo desconocido. Tampoco era fácil expresar en términos comprensibles para el público europeo al que iban destinados esos escritos objetos y realidades para las cuales no existían palabras ni conceptos adecuados en lengua castellana. Así, por ejemplo, para describir un guanaco, Antonio Pigafetta, cronista de la expedición de Hernando de Magallanes, formuló la siguiente (y asombrosa) descripción: “Este animal tiene cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y cola de caballo; relincha como este último”.

Cómo llamamos a nuestros actores

Es de uso común denominar “indios” a los pueblos que ocupaban el continente americano cuando Cristóbal Colón arribó a sus playas en 1492. Fue el propio almirante quien lo usó por primera vez, convencido de haber arribado a la India, meta esperada de su travesía atlántica. Algunos años después los españoles sabían ya que esas tierras no eran la India, pero el nombre se mantuvo y se extendió a sus descendientes. Durante mucho tiempo, las nuevas tierras fueron llamadas “Indias Occidentales”.

Con distintos argumentos, desde hace algunos años el término “indio” es duramente cuestionado. En los Estados Unidos se utiliza el de “Native Americans”. En los países de habla hispana se prefirió “aborígenes”, “indígenas” u “originarios”, que tienen un significado similar, e

incluso son aceptados por los propios descendientes. En cualquier caso, no es posible afirmar que tales denominaciones sean más legítimas que la de “indio”, rechazada por las connotaciones peyorativas y degradantes que adquirió con el tiempo, pues se lo asimiló a “salvaje” o “bárbaro”. De allí que, aclaraciones mediante, evitemos su uso en este libro.

Claro que el que haya sido acuñado por los conquistadores tampoco es motivo de absoluto rechazo: al fin y al cabo, los otros términos son también europeos. Sin embargo, las mayores objeciones se vinculan con las implicancias de tal terminología, ya que supone cierta unidad de las poblaciones americanas que no existió en la realidad, lo que podría tener serias consecuencias metodológicas. De hecho, las poblaciones americanas se caracterizaban por su diversidad lingüística y cultural, que no pasó inadvertida para los europeos.

Por ese motivo, no existe en las lenguas indígenas americanas un término equivalente; la identidad del nativo se encontraba dentro de los límites del grupo étnico al que se adscribía y las relaciones entre estos grupos eran a menudo conflictivas. Por tanto, no debe extrañar que muchos se aliaran a los conquistadores para enfrentar a sus tradicionales rivales étnicos. El concepto de “indio” (o sus sustitutos) como revelador de una unidad de las poblaciones americanas es producto de la conquista; no se trata de una categoría cultural, racial o étnica, sino social. El indio era, por definición, el sometido. Durante la conquista, esta condición de conquistados confirió cierta unidad a poblaciones étnicamente diferentes y permitió formular una identidad común frente al conquistador. La representación española de la sociedad colonial como la yuxtaposición de dos “repúblicas” separadas de manera tajante (poco importa que la realidad fuera más compleja) reforzó y legitimó esta identidad.

De allí que en este libro se utilicen dichos términos despojándolos de todo contenido étnico. Esta postura se complementa con un abierto rechazo hacia ciertas formas de “indigenismo romántico”, bastante a la moda entre ciertos grupos, que supone la existencia de una esencia o espíritu puros que subyacen a la diversidad exterior y perduran a través del tiempo.

El “Nuevo Mundo”: diversidad y heterogeneidad

El mundo americano prehispánico tiene un valor inigualable para los científicos sociales interesados en la problemática de las diferencias culturales. Cuando los europeos arribaron a las playas americanas del

continente, este ofrecía una extraordinaria variedad natural y cultural. Por un lado, la multiplicidad de paisajes, climas y suelos se correspondía con la diversidad de comunidades de animales y plantas, por otro, la pluralidad de comunidades humanas se expresaba en la diversidad cultural, social y lingüística.

La diversidad geográfica

Profundos contrastes geográficos caracterizan al continente americano. Enorme isla continental que se extiende del Ártico al Antártico, las aguas de las dos mayores masas oceánicas, el Pacífico y el Atlántico, bañan sus costas occidentales y orientales; el Ecuador la corta en dos partes formando grandes franjas climáticas comparables, aunque invertidas, que se extienden hacia el norte y el sur.

De oeste a este el perfil del continente es asimétrico. Al oeste, paralelo al Pacífico, un enorme sistema cordillerano lo atraviesa desde Alaska hasta Tierra del Fuego. Geológicamente joven, su estructura es compleja: coexisten allí elevados cordones montañosos, grandes volcanes, valles profundos, altas mesetas y planicies, y las mayores alturas del continente. En América del Norte, ese sistema es conocido con el nombre general de Rocallosas; en América del Sur, como Andes. La angosta franja de tierras de América Central, que articula ambas masas continentales, está cubierta de montañas. Sobre el litoral del Pacífico las llanuras son muy estrechas, a veces inexistentes, y las montañas llegan casi hasta la costa misma.

Al oriente de esos grandes sistemas se extienden inmensas llanuras formadas por extensas cuencas fluviales, como la del Mississippi en el norte y las del Orinoco, el Amazonas y el Plata en el sur; cerca del litoral atlántico emergen algunos macizos y cordilleras, menos elevados y geológicamente antiguos, con formas suaves y redondeadas producto de la prolongada erosión. En los extremos del continente, dos antiguos macizos forman extensas planicies, el escudo canádico y la meseta patagónica. Algunos afloramientos rocosos antiguos rompen la uniformidad de llanuras y planicies, como los sistemas serranos del sur bonaerense o de la pampa central.

Esos relieves inciden en la dirección de los vientos y la distribución de las precipitaciones. Las lluvias, abundantes en el Atlántico, disminuyen de este a oeste hasta encontrarse con las altas cordilleras; en cambio sobre el Pacífico son excepcionales, salvo en la zona ecuatorial y los extremos norte y sur. La combinación de estos elementos (relieve, latitud, condiciones climáticas) dio lugar a la formación de una variedad de paisajes,

cada uno con sus recursos característicos, que abarcan desde la estepa polar al bosque tropical, de las extensas praderas templadas a las sabanas tropicales, de las mesetas desérticas a los fértiles valles montañosos.

Tal diversidad de ambientes incidió en la diversidad cultural, aunque no en el sentido del determinismo geográfico tradicional. Ante cada ambiente, las comunidades humanas encontraron obstáculos y posibilidades y, para sobrevivir y reproducirse, desarrollaron estrategias y tecnologías específicas, al tiempo que elaboraron múltiples dispositivos culturales y sociales. Así, desde muy temprano, cada comunidad interactuó con su ambiente, lo modificó y recreó para aprovechar mejor sus recursos. En el siglo XV, cuando arribaron los europeos al continente, el paisaje de algunas regiones, como los Andes centrales y Mesoamérica, había sido profundamente transformado por comunidades que habían diseñado complejas estrategias económicas, sociales y políticas para su uso.

La diversidad lingüística y cultural

La cantidad de familias lingüísticas, lenguas individuales y variantes dialectales que se hablaban en el continente es notable. Los especialistas difieren en la cifra exacta de lenguas habladas y en el lugar de cada una de ellas en las clasificaciones lingüísticas, pero coinciden en que, en el momento de la invasión europea, el número de lenguas o idiomas hablados (sin considerar variantes dialectales) habría rondado los dos mil. El mapa lingüístico del continente presentaba entonces el aspecto de un abigarrado mosaico donde muchos pueblos con diferentes lenguas podían convivir en espacios a veces reducidos, compartiendo incluso una misma cultura. Es probable que esta característica fuese resultado de los intensos movimientos de pueblos y de las frecuentes migraciones que tuvieron lugar a lo largo de toda la historia prehispánica.

La diversidad lingüística no impidió, sin embargo, relaciones e intercambios entre comunidades que hablaban lenguas ininteligibles entre sí, las cuales encontraron mecanismos para comunicarse: sin ellos, el prolongado funcionamiento de extensas redes de intercambio no habría sido posible. La habilidad lingüística de los pueblos americanos es destacable; esto se observó en especial luego de la invasión europea: muy pronto numerosos indígenas aprendieron a hablar con fluidez el castellano y actuaron como intérpretes y traductores de los conquistadores; en las escuelas misionales franciscanas de Mesoamérica, jóvenes de la nobleza indígena utilizaron la lengua castellana para elaborar crónicas o historias locales, e incorporaron el alfabeto latino para escribir sus propias lenguas.

No fue menor la pluralidad cultural de los pueblos americanos. Hacia 1500, coexistían en el continente distintas economías (desde las formas más simples de caza y recolección hasta las más complejas prácticas agrícolas) y diferentes formas de sociedad (desde las organizaciones de bandas hasta “estados” e “imperios”). A ello es preciso agregar la multiplicidad de costumbres y prácticas sociales, de creencias y prácticas religiosas, de habilidades tecnológicas, de expresiones simbólicas y estéticas. En este marco, cada grupo configuraba su propia identidad, es decir, la forma en que se reconocía a sí mismo y era reconocido por los otros, la cual se transformaba con el tiempo, conforme variaban las situaciones históricas. Por tanto, es claro que no existía en la América prehispánica nada que pudiera expresar la idea de unidad entre las poblaciones originarias del continente.

El problema de las clasificaciones

Aunque la pluralidad del mundo prehispánico atrae a los estudiosos interesados en la problemática de las diferencias sociales y culturales, también puede convertirse en un obstáculo para la investigación. Al igual que los estudiosos de las ciencias naturales, enfrentados a la multiplicidad de formas vivas, los científicos sociales necesitan agrupar a esas poblaciones o sociedades de acuerdo con ciertas características cruciales, definidas a partir de criterios establecidos previamente. Obtienen así “tipos” o “taxones” que agrupan a distintas sociedades con rasgos semejantes y permiten organizar la información empírica, realizar comparaciones más amplias y formular hipótesis generales.

Sin embargo, no debe olvidarse que tales tipos o taxones no constituyen realidades sociales en sí mismas, sino que son construcciones analíticas de los investigadores. Se trata de herramientas o instrumentos teóricos útiles para clasificar (operación fundamental en el campo de la ciencia), pero las sociedades así caracterizadas no pierden su individualidad ni sus rasgos propios. Más allá de las operaciones intelectuales necesarias para explicar los procesos históricos, el objeto final de los historiadores son realidades sociales concretas, ubicadas en un tiempo y espacio determinados.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, con la conformación de las ciencias modernas (entre ellas la Historia y la Antropología), las clasificaciones adquirieron enorme importancia, en especial respecto de aquellas sociedades que no pertenecían al ámbito del mundo europeo occidental contemporáneo, ya fueran las denominadas “prehistóricas”, las sociedades “primitivas” (que aún habitaban lugares remotos de Asia,

África y Oceanía), o las que habían ocupado el continente americano antes del arribo de los europeos.

Existieron distintas clasificaciones, y los criterios que las sostenían se fueron modificando. Las más conocidas, formuladas por los arqueólogos, apelaron ante todo a criterios visibles en los restos materiales, como la tecnología (piedra tallada, piedra pulida, metales), las prácticas económicas (que definían grupos recolectores, cazadores, cultivadores, agricultores) y los modos de movilidad y asentamiento (según los cuales se las caracterizaba como nómadas, seminómadas, sedentarios aldeanos, sedentarios urbanos). Además, algunos de estos criterios comenzaron a asociarse: la piedra tallada con la caza-recolección y el nomadismo; la piedra pulida con la presencia de cultivos; el sedentarismo aldeano con técnicas como la cerámica y el tejido; los metales con la agricultura desarrollada y la vida urbana. En tanto, los evolucionistas decimonónicos crearon un modelo que suponía tres grandes estadios o momentos (salvajismo, barbarie y civilización) en el proceso evolutivo por el que habrían pasado todas las sociedades.

Tal esquema incorporaba los criterios tecnológicos vinculándolos con las formas de matrimonio, parentesco, gobierno y religión. Sin embargo, tales asociaciones y las clasificaciones derivadas de ellas, elaboradas en principio para el continente europeo, demostraron su ineficacia cuando, ante la acumulación de información proveniente de otros continentes, se intentó aplicarlas a otras sociedades. Esto ocurrió en los estudios acerca del continente americano, verdadero muestrario de excepciones respecto de las rígidas clasificaciones tradicionales.

Además, al extenderse, los términos que denominaban a los distintos estadios evolutivos fueron adquiriendo connotaciones valorativas: de ese modo, “civilización” se convirtió en sinónimo de una sociedad avanzada, culta y sofisticada –cuyo modelo por excelencia era la sociedad europea occidental de esa época– en tanto los otros dos, “salvajismo” y “barbarie”, con una fuente carga peyorativa, se aplicaban a todas aquellas sociedades, también llamadas “primitivas”, que no habían alcanzado tales logros. Las dos últimas cayeron hace tiempo en desuso (al menos en el campo de la Antropología), pero la otra sigue siendo empleada, aunque con un sentido más específico. Se refiere a sociedades con un mayor grado de complejidad, cuyos rasgos básicos consisten en la presencia de ciudades, una marcada división social del trabajo, desigualdad social y una organización política centralizada con una ideología, esencialmente religiosa, que justifica el poder y las diferencias sociales. Se corresponde, en el esquema que daremos luego, con las

jefaturas avanzadas y los estados antiguos. En ese sentido usaremos el término, sobre todo en aquellos casos en que no resulta claro si se trata de una u otra forma política. En cambio, cuando hagamos referencia al significado valorativo tradicional, aparecerá encomillado.

Hacia mediados del siglo XX, los antropólogos vinculados al neoevolucionismo estadounidense plantearon la existencia de diferentes líneas evolutivas, esto es, de una evolución multilineal, a diferencia de la unilineal, que postulaban los antiguos evolucionistas. Con esta idea como base, comenzaron a analizar la evolución particular de las sociedades originarias americanas, elaborando sus propios esquemas clasificatorios.

El esquema más completo y exitoso fue desarrollado por el antropólogo estadounidense Elman Service, quien, a partir de información etnográfica, reconoció en la América indígena cuatro tipos de sociedades (bandas, tribus, jefaturas y estados antiguos) que, al mismo tiempo, marcaban la evolución sociocultural del continente. Para Service, la evolución de las sociedades estaba relacionada con el aumento de la población. El crecimiento del número de personas y grupos dentro de una sociedad demandaba formas cada vez más complejas de integración social y cultural. Los tipos reconocidos por Service constituyen, pues, cuatro formas distintas de integración sociocultural, ordenadas según su complejidad.

El esquema de Service fue adoptado y aplicado por numerosos investigadores; aunque con algunas adiciones, y con frecuencia desprendido de sus implicancias evolutivas, todavía se lo utiliza y constituye una base útil para una clasificación de las sociedades aborígenes americanas, tarea que de todos modos no resulta nada sencilla.

Realizado a partir de información etnográfica, este esquema presenta sus primeros problemas cuando consideramos a sociedades que sólo conocemos por documentación arqueológica (restos materiales), pues este tipo de circunstancias no siempre da acabada cuenta de los aspectos sociales y políticos que ocupan un lugar central en la clasificación. En estos casos, el investigador debe determinar cuáles son los rasgos críticos del material arqueológico, rasgos que mostrarían, con un margen aceptable de seguridad, la presencia de una banda, una tribu, una jefatura o un estado. No obstante, como el registro arqueológico nunca es completo –incluso puede ser muy limitado–, es probable que esos rasgos críticos sólo puedan documentarse de manera parcial.

En efecto, no es difícil distinguir, en términos arqueológicos, entre un campamento de cazadores y una ciudad o centro urbano, y reconocer en ellos la presencia de una banda y un estado, respectivamente.

Otras veces, en cambio, resulta difícil saber si un asentamiento de grandes dimensiones era una aldea muy grande o una pequeña ciudad y, por lo tanto, decidir si sus ocupantes constituían una jefatura o un estado incipiente. No debemos olvidar que las sociedades cambian de modo permanente y que esos cambios, pequeños y casi imperceptibles, dejan pocos rastros en el registro arqueológico y sólo pueden apreciarse en el largo plazo. Las bandas no se transforman de un día al otro en tribus; una jefatura no desaparece de repente para dar lugar a un estado.

Como señalamos, las categorías de banda, tribu, jefatura o estado son tipos o taxones clasificatorios y no refieren a una realidad social particular. A pesar de ello, las clasificaciones continúan siendo útiles para los investigadores. Cómo se definen tales tipos o taxones o, dicho de otro modo, qué significan los conceptos de banda, tribu, jefatura o estado es lo que explicaremos a continuación.

Las bandas

Se trata de sociedades pequeñas, compuestas por varias familias vinculadas por el parentesco, cuyo número de miembros, que varía según los recursos disponibles, rara vez excede algunas decenas. Los matrimonios se acuerdan entre miembros de distintas bandas (exogamia) y la nueva pareja suele residir con la banda del varón (virilocalidad). Por lo general están integradas por varones casados, sus mujeres foráneas y los hijos solteros. El parentesco, que articula el funcionamiento y la integración de la banda, regula el lugar de cada individuo, sus derechos y sus obligaciones.

Cada banda controla un territorio definido, por el que se desplaza para obtener distintos recursos, en general siguiendo un ritmo estacional anual. En ciertas épocas pueden compartir espacios con otras bandas, donde obtienen algunos recursos en conjunto. Además, estos encuentros se utilizan para intercambiar bienes y, en especial, para acordar intercambios matrimoniales, donde cada banda entrega y recibe mujeres, y que contribuyen a establecer alianzas.

Su economía se sostiene en la obtención directa de recursos de la naturaleza a través de la caza, la recolección y la pesca, aunque la importancia y los modos en que se llevan adelante estas prácticas varían según las condiciones particulares del territorio. La producción artesanal, de carácter doméstico, se reduce a bienes de fácil transporte (herramientas, artefactos y utensilios necesarios) y adornos personales. No hay comercio, y los intercambios, regidos por el parentesco, se ajustan a reglas de reciprocidad.

Esas mismas condiciones regulan la amplitud y el ritmo de movilidad (nomadismo). En situaciones especiales, cuando existen abundantes recursos estables en un espacio reducido, las bandas pueden residir de modo más o menos permanente en un mismo lugar. Internamente, no presentan más diferencias sociales que las derivadas del sexo y la edad, criterios que también regulan la división del trabajo. No hay líderes o jefes formales y, aunque surjan individuos prestigiosos por sus habilidades personales (un cazador valeroso, un rastreador hábil o un shamán reconocido), sólo los ancianos, cabezas de las distintas familias, mantienen cierta autoridad para resolver conflictos internos o tomar decisiones colectivas, como el traslado del campamento o la venganza de una ofensa.

Las tribus

El número de miembros de las tribus, muy variable, depende de circunstancias particulares y, aunque mayor que el de las bandas, rara vez excede unos pocos miles de personas. Se trata de sociedades multicomunitarias, esto es, formadas por distintas comunidades o unidades sociales de base. Estas unidades se expresan en la presencia de cierta cantidad de asentamientos, aldeas o caseríos, no mucho mayores que los de las bandas aunque suelen ser más estables, y son raros los casos en que toda la población se concentra en una sola aldea.

El problema básico es la integración de esas comunidades en la unidad mayor que es la tribu, proceso en el cual el parentesco juega un papel central. Si, como en las bandas, cada comunidad forma un grupo de parentesco real, este se extiende al conjunto de la tribu por medio de un sistema ampliado, que se expresa en una genealogía que conecta a los diferentes grupos o linajes mediante el reconocimiento de un lejano ancestro común. Como descendientes de ese ancestro, los linajes o comunidades son, en principio, iguales. La solidaridad entre los linajes es reforzada por otras instituciones voluntarias, como asociaciones guerreras, fraternidades religiosas o grupos de edad, que atraviesan de manera horizontal a las comunidades locales.

Su organización interna también es muy variable. Los jefes de los linajes, y a veces también las distintas asociaciones tienen gran peso en la vida social y política, aunque quienes ejercen ciertas funciones tribales carecen, en general, de una base económica suficiente y dependen de su prestigio y habilidades. En algunos casos puede constituirse cierta jerarquía de jefes tribales, e incluso alguna aldea puede llegar a funcionar como "capital". Sin embargo, más allá de esto, no se observan roles ni diferencias sociales hereditarias.

La economía tribal suele asociarse a prácticas hortícolas o agricultura simple, aunque en realidad puede abarcar un espectro amplio de actividades. La reciprocidad rige los intercambios cotidianos, si bien surgen formas más complejas, como la redistribución, que permiten a cada comunidad acceder a recursos que no encuentra en sus tierras, pero que existen en las de otra.

Las jefaturas

Las jefaturas (*chiefdoms*, en inglés) o señoríos eran entidades políticas regionales que aglutinaban a múltiples comunidades bajo la autoridad permanente de un jefe. A diferencia de los tipos anteriores, las jefaturas, que podían alcanzar una población de algunos miles de personas (incluso, a veces, decenas de miles), mostraban algún tipo de jerarquización social, expresada por la posición o rango elevados que ocupaban ciertos linajes y comunidades. El parentesco era crucial en la articulación de esas sociedades: la superioridad de ciertos individuos y linajes, así como las diferencias que emanaban de ella, estaban justificadas por la mayor o menor proximidad genealógica al jefe, cuyo linaje ocupaba el lugar más alto en el sistema de parentesco, y por ende, en la jerarquía social.

La estructura genealógica de cada jefatura, con su organización jerárquica de los linajes, derivó de condiciones históricas particulares, como antigüedad, ubicación, riqueza o prestigio. La superioridad del linaje del jefe provenía de su mayor cercanía genealógica respecto del fundador mítico, en especial a partir del principio de primogenitura.

Así, el jefe ocupaba un lugar central en todos los aspectos de la vida social, y su figura estaba rodeada de complejos rituales y ceremonias. Se reconocen al menos dos niveles en el ejercicio de la autoridad: los jefes de las comunidades locales y, por encima de estos, el jefe superior. El poder de este último dependía, sin duda, de la importancia de su linaje, pero también de su control sobre la producción y el intercambio de bienes, de sus capacidades y habilidades personales (incluidas las referidas a la guerra) y de una ideología útil para legitimar e institucionalizar las desigualdades que se manifestaban en el seno de la sociedad. También dependía de la fuerza guerrera (su séquito o seguidores) para defender los recursos de las comunidades bajo su mando. Hacia 1492, las jefaturas instaladas en distintas regiones del continente mostraban múltiples formas; sus dimensiones, actividades económicas, patrón de asentamiento y poderes y atributos de los jefes dependían de circunstancias históricas particulares.

Los estados antiguos

Los estados constituyeron la forma sociopolítica más avanzada alcanzada en el mundo americano prehispánico. Más extensos y con más población, los estados antiguos conservaban algunos rasgos de las jefaturas (rango, reglas suntuarias, distancia entre las comunidades, papel del líder), aunque con diferencias cualitativas significativas. Organizaciones políticas altamente centralizadas, la articulación de las comunidades que las integran no se expresa en extensos de sistemas de parentesco, aunque tales sistemas jueguen un papel central dentro de los distintos estamentos de la sociedad, sino que se asocia al territorio común en que viven. En ese territorio pueden coexistir distintos centros (desde grandes ciudades hasta aldeas) organizados en forma jerárquica, a menudo con funciones especializadas. Uno de ellos actúa como capital; allí suelen residir el rey o señor, su séquito o corte, y los altos funcionarios.

El rey, su linaje o los dioses a los que representa aparecen en última instancia como los propietarios de ese territorio; en tanto, las demás comunidades pierden su carácter de propietarias y, aunque a veces conservan algunos derechos, en la práctica se convierten en usufructuarias de esas tierras. La sociedad se divide en clases o estamentos claramente diferenciados, lo cual se expresa a través del acceso a determinados bienes suntuarios. El estado, expresión abstracta de esa unidad mayor, visible en la figura del rey o señor, se separa del resto de las comunidades, que deben contribuir, por medio de su trabajo o de tributos, a su sostenimiento y al de la elite gobernante. La apropiación de esos excedentes constituye la base material del poder del señor y del estamento gobernante.

Intermediario o representante único de las divinidades, a veces adorado como una divinidad, el señor ejerce un poder total asociado a la religión: encabeza la organización religiosa, encarnada en una jerarquía de sacerdotes, y dirige la administración del estado a través de una burocracia o jerarquía de funcionarios, reclutados en ambos casos dentro de la elite, cuya posición depende, en principio, de la voluntad del señor. También dirige la vida económica: regula el acceso a las tierras, organiza las actividades productivas, establece y recauda los tributos, redistribuye bienes y controla los intercambios a distancia, en especial de bienes con alto valor simbólico. En suma, el rey controla todos los resortes que aseguran la reproducción material y simbólica de la vida social y política. Asimismo, ciertos desarrollos culturales como el calendario, los sistemas de cómputo y registro, y los complejos sistemas teológicos expresados en mitos y rituales permiten, legitiman y facilitan tales controles.